



SOFÍA PERÓVSKAYA

¿terrorista fantasma o mártir de la libertad?

La parte histórica de San Petersburgo, la segunda ciudad más grande de Rusia, apodada “la Palmira del Norte” por la gran abundancia de monumentos de gran valor artístico y arquitectónico, con sus fachadas góticas, frondosos parques con hermosas estatuas y fuentes, sombríos canales e innumerables puentes, es la cuna de numerosas leyendas urbanas, en su mayoría, siniestras y tenebrosas. A los petersburgueses les encanta contar a los visitantes las escalofriantes historias de extraños gritos y gemidos dentro de los muros de las viejas casas abandonadas, sobre las misteriosas sombras que emergen entre los callejones para asustar a los transeúntes y sobre el llanto desesperado de los recién nacidos ahogados por sus desalmadas madres o de las doncellas que se lanzaron al agua a causa de una frustración amorosa y que viene del fondo de los canales. Algunos de aquellos espectros son de origen literario, por ejemplo, el desdichado “fantasma del abrigo” del famoso cuento de Nikolái Gógol o la horrenda sombra de la vieja usurera con el hacha de Raskólnikov aún clavada en su frente, de *Crimen y castigo* de Dostoievski. Otros pertenecen a los personajes reales: los cinco revolucionarios decembristas ejecutados por orden del emperador Nicolás I¹ que, según afirman los testigos, aparecen suspendidos en el aire con sogas alrededor del cuello; el gran poeta Alexander Pushkin, cuya sombra sigue merodeando en las alamedas a lo largo del río Chérnaya, el sitio de su duelo fatal con George d’Anthés; el zar Alejandro II asesinado por los revolucionarios, entre otros.

Uno de aquellos “fantasmas históricos” de San Petersburgo es el de Sofía Peróvskaya, una de las figuras más destacadas del movimiento revolucionario populista y uno de los personajes femeninos más polémicos y controvertidos de la historia rusa del siglo XIX. Hasta ahora, muchos pronuncian su nombre con admiración, alabando su valor y espíritu revolucionario; otros lo hacen con odio y repulsión, tildándola de criminal.

¿Quién realmente era aquella joven cuya existencia terrenal duró tan solo 27 años, antes de convertirse en un espectro nocturno y personaje de numerosas leyendas urbanas?

Nació el 1 de septiembre de 1853 en el seno de una familia aristocrática que descendía de Kirill Razumovskiy, el favorito y esposo secreto de la emperatriz Isabel. El padre de la niña, Lev Perovski, ocupaba el cargo de gobernador militar de San Petersburgo. La niñez de Sofía, en aquel entonces una encantadora niña rubia de hermosos ojos grises, al igual que la de la mayoría de los hijos de la élite rusa de la época, era feliz y despreocupada. Se conserva la información sobre un curioso episodio de su niñez. En una ocasión, cuando Sofía estaba jugando con su hermano Vasili y con un amigo de ambos, el pequeño Nikolai Muraviov, junto a un estanque bastante profundo, este último se cayó al agua y estaba a punto de ahogarse, de no ser por los hermanos Perovski que, arriesgando sus propias vidas, lograron sacarlo a la orilla. 20 años después, Nikolai Muraviov, en aquel entonces vice procurador general de San Petersburgo, jugaría un papel fatal en el destino de Sofía y de muchos de sus compañeros...

Rodeada del amor de sus padres y de los cuidados de numerosos preceptores e institutrices, la joven recibió una magnífica educación casera que, sin embargo, le pareció insuficiente. Por lo general, las muchachas de las familias aristocráticas que querían continuar con sus estudios lo hacían en el Instituto Smolny que las preparaba casi exclusivamente para el matrimonio y la vida mundana. Consciente de todo esto, Sofía demostró, por primera vez, su carácter rebelde y se negó a ingresar en aquella prestigiosa institución; en vez de esto, prefirió ingresar a los Cursos Superiores Femeninos Alarchin, que funcionaban como sucursal de un gimnasio masculino donde las alumnas tenían la posibilidad de aprender física, química, biología y otras ciencias consideradas “poco aptas” para el

La joven maestra trabajó en varias escuelas rurales en diferentes regiones de Rusia. Aunque era una excelente educadora, amada por todos sus alumnos, tanto pequeños como adultos, no se sentía satisfecha con aquel trabajo, pues creía que con esto hacía muy poco para mejorar la vida del pueblo y acabar con su opresión.

género femenino.² Lev Perovski se opuso categóricamente a aquella decisión, pues no quería que su adorable Sofía aprendiera más de lo que debería saber una doncella de buena familia ni, mucho menos, que entrara en contacto con la plebe, pero, finalmente, la rebeldía y la fuerza de voluntad de la hija pudieron más que las súplicas y las amenazas paternales.

La mayoría de las estudiantes de los Cursos Superiores pertenecían a estratos sociales mucho más bajos que el de Sofía; por lo general, se trataba de las hijas de pequeños burgueses y de funcionarios públicos de rangos menores. Gracias a aquellas nuevas amistades, Sofía se familiarizó con las ideas del populismo, el movimiento político que pretendía defender la libertad y los intereses del pueblo,³ y, al igual que muchas de sus compañeras de estudios, dedicar su vida a la lucha revolucionaria.

Al terminar su formación secundaria, Sofía ingresó en los Cursos Pedagógicos para obtener el diploma de maestra; así podría trabajar en alguna escuela rural y servir a la noble causa de educación del campesinado, la clase social considerada por los populistas como la fuerza principal de la transformación radical de Rusia. Pronto se convirtió en la activista de un círculo revolucionario, formado en su mayoría por los estudiantes y otros intelectuales jóvenes y apasionados por las ideas populistas.⁴ No tardó en ganarse la fama de la “sediciosa” entre las autoridades de la institución que, una vez finalizado el curso, se negaron a

entregarle su diploma, a pesar de sus notas sobresalientes en todas las materias, y defendieron su decisión afirmando que “una joven maestra con su mente poblada de ideas tan peligrosas no podrá enseñar nada bueno a sus alumnos”.⁵ Finalmente, en el año 1873, tras una larga lucha burocrática, Sofía logró recibir el anhelado diploma, lo que le permitió iniciar su actividad pedagógica.

Durante los tres años siguientes, 1873-1876, la joven maestra trabajó en varias escuelas rurales en diferentes regiones de Rusia. Aunque era una excelente educadora, amada por todos sus alumnos, tanto pequeños como adultos, no se sentía satisfecha con aquel trabajo, pues creía que con esto hacía muy poco para mejorar la vida del pueblo y acabar con su opresión. Por lo tanto, regresó a San Petersburgo donde comenzó a propagar las ideas revolucionarias entre los obreros de diferentes fábricas y talleres, y formó parte del así llamado “círculo de Chaikovski”, constituido por jóvenes intelectuales radicales. Uno de los integrantes de aquella sociedad secreta, Piotr Kropotkin, el futuro padre del anarquismo ruso, escribiría posteriormente en sus memorias: “A todas las mujeres integrantes de nuestro círculo les teníamos una gran estima, a todas las respetábamos como a nuestras fieles compañeras de la lucha pero a ninguna de ellas la amamos ni admiramos tanto como a Sofía Peróvskaya”.⁶

Por su actividad propagandista fue arrestada en enero de 1874 y recluida en la Fortaleza de San Pedro y San Pablo, cárcel para los prisioneros políticos en una pequeña isla en el río Neva, donde pasó varios meses a la espera del juicio. De acuerdo con el *Código sobre los castigos penales y correccionales* del año 1845, las acciones de Peróvskaya fueron clasificadas como “discursos públicos que cuestionen o pongan en duda la inviolabilidad de las autoridades supremas”. Según aquel mismo artículo, los culpables de aquel delito “deberían ser privados de todos los derechos civiles y sentenciados al exilio y los trabajos forzados por el plazo de cuatro a seis años”.⁷ Sin embargo, gracias a la intervención de su padre, Sofía fue liberada bajo fianza, con la única condición de que en adelante no volvería a ejercer su profesión de maestra. Por instigación de su padre, la joven abandonó la capital y se instaló en Crimea, donde la familia de los Perovski poseía una granja cerca de Sebastopol.

Sin embargo, una vida tranquila y aburrida en la propiedad familiar en el paraíso subtropical de Crimea no era para alguien como ella. En 1876 ingresó en los Cursos Paramédicos en Simferópol y, tras haber obtenido el diploma, comenzó a trabajar en el hospital del distrito. En 1877 estalló la guerra ruso-turca, cuyo objetivo principal consistía en la liberación de los serbios, los búlgaros y otras naciones eslavas de los Balcanes del yugo otomano, por lo que al hospital distrital de Simferópol, ciudad relativamente cercana al sitio de operaciones militares, llegaban constantemente los soldados y oficiales heridos. Según recordaban los colegas de Sofía, ella se entregaba a aquel trabajo pesado y desagradable con mucho entusiasmo y de todo corazón; era una persona sumamente cordial, compasiva y no se atemorizaba a la vista de las heridas de aspecto más horrendo.

Incluso allí, en medio de tanto sufrimiento humano, Sofía no pudo resistir la tentación de seguir propagando las ideas revolucionarias, por lo que en agosto de 1878 fue nuevamente arrestada, escoltada hasta San Petersburgo y sometida a un nuevo proceso junto con los otros 193 activistas del populismo. Esta vez, después de una escrupulosa investigación judicial, Sofía fue absuelta de todos los cargos y regresó a Crimea, pero poco después fue arrestada por tercera vez y sentenciada al exilio en la provincia de Olonetz, al norte de Rusia (actual Carelia). Sin embargo, escapó de los gendarmes que escoltaban la columna de los presos y, a partir de entonces, vivió en la clandestinidad al igual que la mayoría de los líderes del populismo. En otoño de 1879 fue elegida como miembro del comité ejecutivo de la organización revolucionaria “La voluntad del pueblo”.⁸ En una de sus sesiones Sofía conoció a Andrei Zheliábov, el gran amor de su vida.

Dos años mayor que Sofía, Zheliábov nació en una pequeña aldea en Crimea, en una humilde familia campesina. A diferencia de la mayoría de los otros jóvenes de su círculo, logró completar sus estudios en un gimnasio donde se familiarizó por primera vez con las ideas socialistas. En 1869 ingresó en la facultad de derecho de la Universidad Imperial de la Nueva Rusia en la ciudad de Odesa, donde se convirtió en uno de los más notables líderes estudiantiles. En 1871 fue expulsado de la universidad y de la ciudad por

haber encabezado una manifestación estudiantil contra la conducta ofensiva de algunos profesores reaccionarios. A partir de entonces, se ganaba la vida dando clases particulares a las tres hijas de un influyente industrial, Semión Yajnenko, miembro del Concejo Municipal de Odesa y dueño de extensos terrenos y varias plantas azucareras.

Olga, la mayor de las hermanas Yajnenko, no tardó en enamorarse del joven y apuesto maestro. En 1873 se casaron y un año después tuvieron un hijo llamado Andrei al igual que su padre, pero el matrimonio no duró mucho. Hija de un rico y próspero hombre de negocios, Olga Yajnenko estaba acostumbrada a una existencia cómoda y despreocupada; no compartía las ideas radicales de Zheliábov y no entendía sus aspiraciones. Finalmente, Zheliábov dejó a su esposa y a su hijo en la casa de su suegro en Odesa y, a partir de aquel momento, se dedicó por completo a la actividad revolucionaria.

Al conocer a Sofía Peróvskaya, Zheliábov creyó encontrar a una compañera ideal para toda la vida. A su vez, a Sofía no le importó que su amado estuviera oficialmente casado y tuviera un hijo; como toda mujer profundamente enamorada, estaba dispuesta a compartir con su amado todos los peligros del arduo camino de revolucionario de la época. “Eres para mí más que el amor —le escribía Peróvskaya en una de sus cartas—. Eres la misma vida”.⁹

A finales de 1870 las ideas del terrorismo político se apoderaron de la mayor parte de los populistas radicales. Creían que con el asesinato del zar y de algunos de los dignatarios más importantes bastaría para conducir el pueblo entero hacia una revolución social y admitían que una que otra persona inocente, ocasionalmente alcanzada por el impacto de las bombas, “víctimas inocentes en el altar de la revolución”, era un pago necesario “por el bien de todos”.

Hombro a hombro con su amado Andrei Zheliábov, Sofía participó de manera activa en dos intentos de magnicidio: en 1879 en Odesa, durante el viaje de Alejandro II por las provincias meridionales de Rusia, y en 1880, cuando se planeó dinamitar una ruta ferroviaria en los alrededores de Moscú, por donde tendría que pasar el tren que transportaba al monarca y a varios dignatarios importantes, pero la bomba explotó

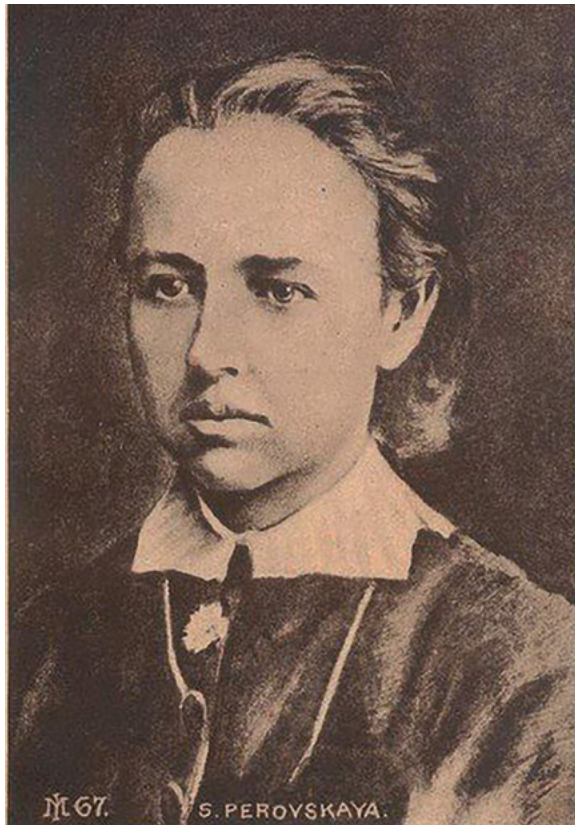
cuando el tren ya había dejado atrás el sitio peligroso. Tan solo el tercer intento, realizado en San Petersburgo el 1 de marzo de 1881, resultó exitoso, a pesar del arresto de Zheliábov, el organizador principal del atentado, dos días antes de la fecha planeada. Entonces, Sofía lo tomó todo en sus propias manos, elaboró personalmente el plan del atentado y, cuando se enteró de que el cortejo del zar iba a tomar una ruta diferente, cambió rápidamente la estrategia. Instaló a los cuatro lanzadores de explosivos en los puntos estratégicos de la ruta y, agitando en el aire un pañuelo blanco, dio la señal al revolucionario Ignati Grinevetzki de lanzar la bomba contra el carruaje de Alejandro II.

Todo lo que ocurrió después se asemeja más bien a una película de acción. La bomba lanzada por Grinevetzki explotó bajo las ruedas del carruaje, hirió a algunos escoltas, pero no le causó daño al monarca. El conductor, terriblemente asustado por lo ocurrido, le suplicó al zar que permaneciera dentro del carruaje, pero Alejandro II, movido por el deber de ayudar a sus guardias heridos, salió. Fue entonces cuando Grinevetzki arrojó una segunda bomba bajo los pies del soberano. Tanto Alejandro II como su asesino recibieron heridas graves y murieron pocas horas después, casi al mismo tiempo. Además de ellos, murieron dos personas más (un guardia de la escolta del zar y un menor de 14 años, el mensajero de una tienda de comestibles que pasaba por la calle en aquel mismo momento). Otras 17 personas resultaron heridas, 8 de ellas de gravedad.

Los dos artífices del atentado, Timofei Mijáilov y Nikolai Rysakov, fueron detenidos en el lugar del crimen; el tercero, Iván Yemeliánov, fue

arrestado más tarde en su propio apartamento. Los amigos de Sofía Peróvskaya trataron de convencerla de salir de San Petersburgo lo antes posible y refugiarse en alguna ciudad provinciana, pero ella no quiso hacerlo pues aún guardaba la esperanza de liberar de la cárcel a su amado Zheliábov y a sus otros compañeros. El 10 de marzo fue reconocida en la calle por Nikolai Muraviov, el viceprocurador de San Petersburgo, su amigo de la infancia, y arrestada por su denuncia personal.

Los organizadores principales del regicidio —Andrei Zheliábov, Sofía Peróvskaya, Timofei Mijáilov, Nikolai Rysakov, Iván Yemeliánov, Nikolai



Kibálchich (experto en explosivos y quien había fabricado las bombas) y Guesia Guelfman (una joven revolucionaria que había prestado su apartamento para el almacenamiento de los explosivos)— comparecieron ante el tribunal del gobierno; fueron acusados de alta traición y condenados a muerte por medio del ahorcamiento. Sin embargo, dos de ellos lograron evitar la horca: Iván Yemeliánov, el único de todos que mostró su arrepentimiento y terminó exiliado a Siberia, y Guesia Guelfman, a quien le perdonaron la vida por estar embarazada (posteriormente murió en la cárcel a causa de

las complicaciones posparto).

Según afirman los testigos de aquel proceso, todos los acusados, sobre todo Sofía Peróvskaya, se comportaban con valor y entereza. Ninguno de ellos quiso recibir a un sacerdote ni confesarle sus pecados. Nikolai Kibálchich pasó la última noche de su vida trabajando en el diseño de un aparato aeronáutico; una vez finalizado su trabajo, lo puso en un sobre y le dijo a los guardias que su último deseo era enviar aquel proyecto a la Academia de Ciencias para su estudio posterior.

Sofía Peróvskaya escribió una carta de despedida a su madre, cuyas líneas están impregnadas de amor y compasión: “Querida mía, espero que me perdones, al menos en parte, todo aquel sufrimiento que has tenido que soportar por culpa mía y no voy a regañarme demasiado. No me arrepiento de nada [de] lo que hice, lo único que me duele es aquella desgracia que te estoy causando... Adiós, querida, solo te pido una y otra vez que no te atormentes más pues mi destino no es tan deplorable como parece a primera vista”.¹⁰

Al amanecer del 3 de abril de 1881, por las puertas de la cárcel salieron dos carruajes con los cinco condenados a muerte atados a sus puestos y con una placa en el pecho que decía “Regicida”. El corresponsal del periódico alemán *Kölnische Zeitung*, que presenció la ejecución, escribió lo siguiente: “Todos los condenados mostraron una fuerza de espíritu poco común, sobre todo, Sofía Peróvskaya. Sus mejillas conservaron hasta el último momento su color sonrosado y su rostro una seriedad apacible, sin la menor sombra de algo artificial. Su mirada es clara y tranquila y su valor no tiene límites”. Según aquel mismo testigo, la ejecución era “todo un matarife” pues ninguno de los condenados murió enseguida y todos sufrieron atrocemente. Mijáilov se cayó de la horca tres veces y se resistió a morir durante un largo tiempo.

Desde entonces, afirman los habitantes de San Petersburgo, año tras año, al amanecer del 1 de marzo, día del asesinato de Alejandro II, en alguno de los puentes sobre los numerosos ríos y canales que surcan la antigua capital imperial, en medio de la densa bruma matinal, aparece la fantasmal silueta de una joven vestida de negro, con el rostro lívido, la marca de la soga en el cuello y un pañuelo blanco en la mano, aquel mismo con que Sofía había dado la señal de lanzar la bomba contra el emperador. Si lo vuelve a agitar en el aire, cualquiera que sea el testigo de este gesto, caerá del puente y perecerá ahogado.

Al parecer, no es más que una de tantas leyendas urbanas, pero la personalidad de Sofía Peróvskaya sigue causando una encarnizada polémica hasta la época actual. Para unos, no es más que una terrorista, criminal y asesina despiadada; para otros, una auténtica mártir de la libertad que había entregado todo lo que tenía,

incluso su propia vida, a la lucha contra el absolutismo y la opresión. León Tolstói la llamó “Juana D’Arco de las ideas revolucionarias” y, a lo mejor, tenía razón. ■

Anastassia Espinel (Rusia)

Historiadora y especialista en docencia universitaria, Ph. D. en Ciencia Histórica graduada del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de Rusia. Residió en Moscú hasta 1998, con prolongados viajes a otros lugares, como Ucrania, Bielorrusia, países del Báltico y del Asia Central, España, Ecuador y Perú. Actualmente reside en Bucaramanga, Colombia, donde se desempeña como docente de la Universidad de Santander (UDES).

Referencias

- Código sobre los castigos penales y correccionales del año 1845.* (1867). Moscú: Imprenta de Shuman y Glushkov, p. 123 (en ruso).
- Kropotkin, Piotr Alexeevich (2010). *Apuntes de un revolucionario*. San Petersburgo: Azbuka, p. 223 (en ruso).
- Segal, Elena Alexándrovna (1962). *Sofía Peróvskaya*. Moscú: Molodaya Gvardia, p. 87 (en ruso).
- Tzymrina, Tatiana Valéievna (2006). *Sofía Peróvskaya: el retrato político*. Taganrog: TRTU, p. 34 (en ruso).

Notas

- ¹Sobre el movimiento decembrista, ver: *Revista Universidad de Antioquia* 298, octubre-diciembre de 2009, pp. 72-81.
- ²Tatiana Valéievna Tzymrina (2006). Sofía Peróvskaya: el retrato político. Taganrog: TRTU, p. 34 (en ruso).
- ³El populismo (en ruso, *narodnichestvo*) fue un movimiento revolucionario sumamente popular entre los intelectuales rusos en los años 1860-1880. Sus integrantes, conocidos bajo el nombre de los *narodniki*, pertenecían a diferentes corrientes ideológicas (los nihilistas, los laboristas, los propagandistas, los anarquistas, etc.), pero todos coincidían en su rechazo a la monarquía absolutista y en la idealización de una especie de socialismo agrario, construido sobre entidades económicas autosuficientes, sin necesidad del desarrollo industrial ni del progreso técnico.
- ⁴Elena Alexándrovna Segal (1962). Sofía Peróvskaya. Moscú: Molodaya Gvardia, p. 87 (en ruso).
- ⁵Ibíd. pp. 89-90.
- ⁶Piotr Alexeevich Kropotkin (2010). *Apuntes de un revolucionario*. San Petersburgo: Azbuka, p. 223 (en ruso).
- ⁷*Código sobre los castigos penales y correccionales del año 1845.* (1867). Moscú: Imprenta de Shuman y Glushkov, p. 123 (en ruso).
- ⁸En 1879 la organización populista más grande de toda Rusia, conocida bajo el nombre de “La Tierra y la Libertad” (en ruso, *Zemlia y Volia*) se dividió en dos fracciones adversarias: “La Repartición Negra”, cuyos miembros insistían en continuar con los métodos propagandistas entre los campesinos que luchaban por la repartición de la tierra y “La Voluntad del Pueblo”, compuesta por los elementos más radicales que optaron por la lucha armada contra el régimen absolutista.
- ⁹Tzymrina, T. V. (2006). *Op. Cit.*, p. 65.
- ¹⁰Segal, E. A. (1962). *Op. Cit.*, p. 234.